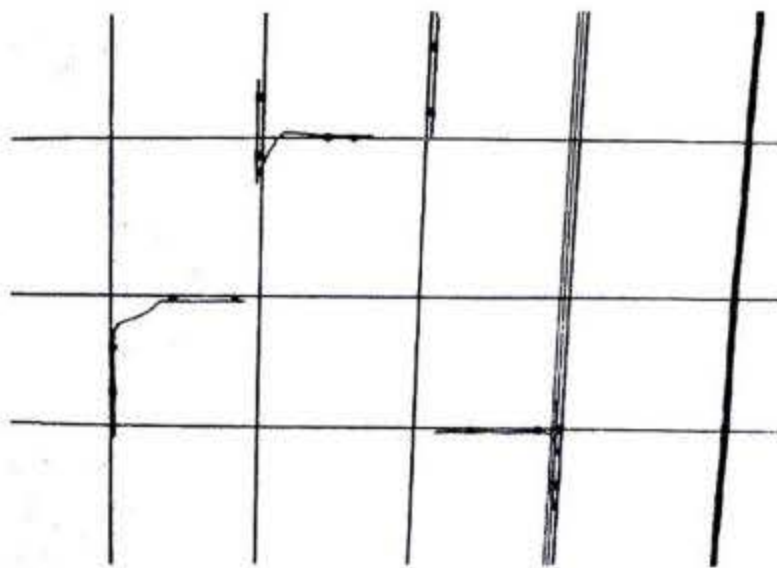


ciones, como cuando habla (en *El curioso armadillo*, pág. 30) de "cíclopes de único ojo" o (en *Imperio romano de ratones*, pág. 45) de ratones con "sus pelitos de armiño".

Sin mayor maestría artística —lo que no es condicional en el género de la crónica—, en un ámbito que cobija tanto la ternura como el dolor y además con frecuencia la risa, al libro, libre de artilugios retóricos, lo singulariza un tono que, aun partiendo de un simple episodio, persuade sin mayor esfuerzo al lector y que bien podríamos asemejar al tono de un narrador oral o al de la voz de un abuelo que nos convoca en torno a la espontánea sabiduría de sus palabras. Así lo entiende el presidente de la república, Ernesto Samper Pizano, al considerar al maestro Arciniegas, en la nota de introducción, como "el abuelo indudable de la literatura colombiana".

Lejos de una pretendida intelectualidad, las notas de *Gatos, patos, armadillos y otros seres humanos* cumplen en rigor una función verdaderamente noble: la de deleitar enseñando. De hecho no faltan los comentarios alusivos a: Datos históricos específicos, aunque por la ironía característica de estas notas aparezcan curiosos: "La América presentida por los europeos era una de hombres sin cabeza, patagones que se sentaban a descansar cubriéndose con la enorme pata ancha como el follaje de un árbol, cíclopes de único ojo como un faro, naciones de colas de perro o caras de perro Amazonas. Todo el bestiario de la truculenta imaginación del medioeval encontraría en América su ambiente natural y cuando fue disipándose la leyenda y se vio que allá no había sino meros hombres, perros gordos y modestos tigres, el desencanto fue infinito. Hasta que surgió el armadillo" (pág. 30). A: ... Lugares: Túquerres, Perigueux, California, el Rin, Bari o los montes de Rieti, entre otros. A: ... Temas de actualidad: "Hay que seguir al minuto la carrera de los narcotraficantes en la Corte y ver como se escurren los capos de la mafia escapando al rigor decadente de la ley" (pág. 27). Con respecto a esto último, no está demás lamentar la ausencia de las fechas de cada publicación, pues, como tal, una crónica no puede entenderse fuera del contexto que la originó.



No faltan tampoco los pequeños datos de información general: "Las trufas son una rarísima especie de hongos. Se producen bajo la tierra, cerca de las raíces de ciertos árboles. Todo en la trufa es misterioso. Nadie sabe de dónde viene ni cómo se produce ni cuál sería la forma de propagarla y cultivarla" (pág. 51). Ni escasean, por supuesto, las líneas de evidente humor: "...las culonas de Santander —unas hormigas con más fundamento que las mujeres que pintaba Utrillo" (pág. 94).

Por la diafanidad de sus ideas, por su concisión expresiva, por lo divertido de sus temas, por todo lo que significan las características de la pluma de Arciniegas, este libro —en cuestión de lectores— va con todos.

GUILLERMO LINERO

## Un bogotanzado temeroso de las culebras, cucarachas, alacranes y bichos de tierra caliente

Viaje de O Drasil (segunda edición)

Anónimo

Ediciones Gobernación del Atlántico, Barranquilla, 1994, 102 págs.

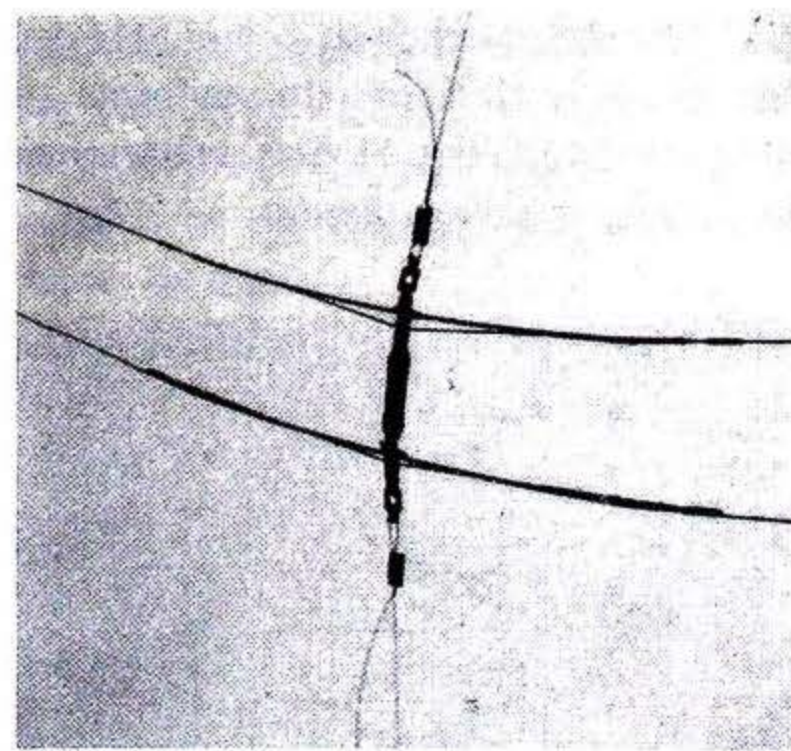
### Un viaje, como la escuela, sirve para unir corazones<sup>1</sup>

Pertenece esta obra a la rica y amena literatura de viajes que para otros no es cosa distinta de geografía de la más pura calidad, y ha sido siempre leída y apreciada con especial deleite. Textos de

viajero, como éste, se conservan como relatos imperecederos que nos permiten conocer la forma como vivieron los hombres en diferentes momentos del tiempo. El propio libro que ahora nos ocupa da unos lineamientos muy bien trazados de lo que constituye este tipo de narraciones:

*Líneas serias, pensamientos profundos, chistes delicados; renglones ilegibles, ideas con muchas palabras y demasiadas palabras sin ideas; necedades, epigramas grotescos y noticias sin interés; recuerdos de almas, nombres de hombres notables y firmas de gente anónima, todo se halla allí cosido en orden continuo como colcha de retazos, pero esa misma variedad hace del libro un muestrario interesante digno de la publicidad. [pág. 32]*

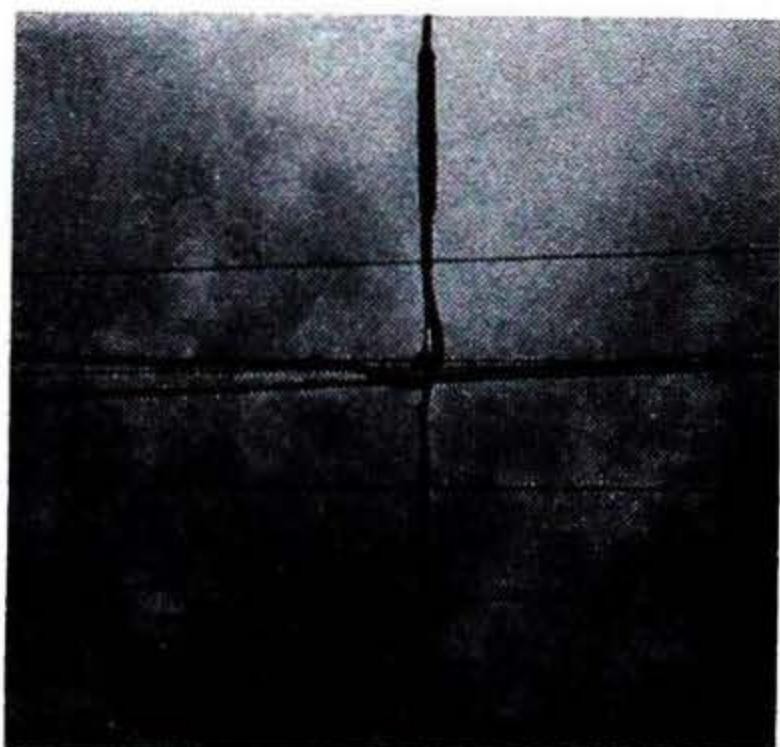
De acuerdo con esto, la gobernación del Atlántico consideró importante editar esta obra que nos deja tener una visión de la sociedad barranquillera y de gran parte del litoral caribe a fines del siglo XIX, ya sea para acercarse un poco a su historia o para establecer un real balance del progreso cultural y material de esta tropical región.



Aparentemente no se tiene certeza del autor; así lo anota Gustavo Bell Lemus en su breve introducción: "Del autor no conocemos sino los pocos datos que nos hace saber en algunas alusiones autobiográficas: que era costeño, que le llamaban Pepe,... etc." (pág. 7); de igual manera, la primera edición se publicó anónima<sup>2</sup>. Yo afirmo que quien escribió este relato fue un viejo

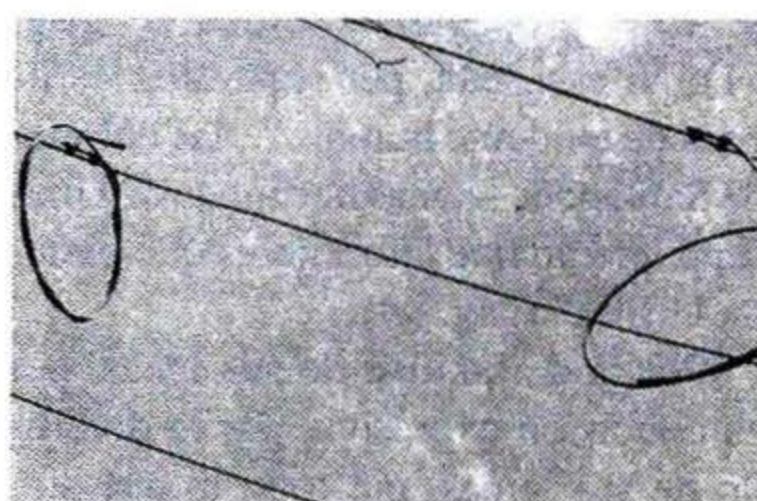


poeta y hombre de letras nacido en el municipio de Juan de Acosta (Atlántico); se trata del doctor Juan V. Padilla, de quien hace una breve semblanza don Miguel Goenaga en sus *Lecturas locales. Crónicas de la vieja Barranquilla. Impresiones y recuerdos*<sup>3</sup>; en el capítulo XXI se habla del prestigio que en su época tuvo el doctor Juan V. Padilla, "poeta de elevada inspiración, orador elocuente y escritor político de alto vuelo", afectado por una permanente modestia que atajó sus "pasos hacia una mayor culminación"; era su costumbre no firmar los artículos que escribía después de tener "reacciones luminosas". Esta atrevida y honrosa adjudicación de autoría intelectual la hago al encontrar contundentes coincidencias en los textos del *Diario de O Drasil* y las impresiones que este viajero, costeño "pero no barranquillero", publicó en un folleto cuya fecha corresponde a la primera edición del libro, año 1893. Es remoto pensar que Pepe, en caso de no haber sido él el doctor Padilla, hubiera hecho una transcripción casi textual del libro en un artículo referido a las fiestas del Centenario de Colón publicado en El Comercio, periódico en el que colaboraba habitualmente este viajero. Luego Pepe sería Juan V. Padilla y la enunciada crónica una parte del *Diario de O Drasil*. El doctor Padilla falleció el 30 de mayo de 1920. Respetamos su voluntad al dejar, en el encabezamiento, anónima su obra, pero aquí, entre líneas, le hacemos un sencillo reconocimiento.



El carácter personal de los textos permite conocer a un autor sensible, descriptivo y ameno, dueño de un sarcasmo fino que genera simpatía y sonrisas en el lector. En lo suelto y relaja-

do del relato familiar se captan: elegancia natural del lenguaje, expresión fácil y una elocuencia espontánea y abundante, lo que no le resta mérito como escritor discreto, correcto, pulcro, elegante y conceptuoso; en ocasiones, dice cosas hermosas que adornan sus descripciones y sus conversaciones llanas, sencillas, sobriamente nutridas, apacibles y desinteresadas. Doy excusas si me excedo en la calificación de este cronista social, pero es lo menos que pude notar en estas "cláusulas arrebatadoras soltadas en Juan de Acosta por Juan V. Padilla", de las que afirmaban sus lectores "que es imposible superarlas en ninguna parte ni en ningún idioma"<sup>4</sup>.



En cuanto al libro en sí, y al mismo tiempo el viaje, tenemos que el autor, para presentar su trabajo sin pretender la resonancia de otros del mismo tipo, hace una modesta referencia a la obra de E. André *Viaje a la América Equinoccial*<sup>5</sup> y a la conocida *Peregrinación de Alpha*<sup>6</sup>, famoso registro de viaje relativo a nuestras antiguas Provincias del Norte, escrito por don Manuel Ancizar. Esta diferenciación es cierta en cuanto a que el *Diario de O Drasil* no guarda la rigurosidad literaria del de Ancizar y en cuanto a que Pepe tampoco fue el descubridor de gentes primitivas y recónditos poblados, ni se detiene en el estudio de la flora, la fauna o las riquezas minerales, como sí lo hace E. André; apenas sí menciona a los caimanes para ilustrar sus anécdotas (págs. 92, 97).

Y del viaje en sí, recordemos que, bien adelantada la segunda mitad del siglo XIX, la ruta más corriente —por no decir la única— para salir de la capital buscando los puertos costeros del Atlántico era traspasando por trocha la sabana de Bogotá hasta encontrar en Honda al río Magdalena y, de ahí, en vapor para llegar a Barranquilla. Es muy difícil determinar la época desde

la cual el Magdalena fue (porque lamentablemente ya no lo es) vía imprescindible para recorrer nuestra patria a lo largo de su extensión; ahora, turbias son las aguas que caminan por su lecho. Es breve el relato del viaje fluvial a bordo del espléndido vapor Francisco Montoya. En cambio, es un poco más detenido luego de la salida de la capital para atravesar la Sabana; son sus compañeros de viaje Casanova, Escárraga y Ulises Bueno, este último un cachaco extravagante que, poco a poco, con sus finos modales, se fue ganando el aprecio de los demás; es precisamente en la descripción de su excéntrico vestir donde podemos apreciar el espíritu observador y la capacidad descriptiva del viajero (pág. 15); permítanme insistir en esta aguda visión del autor y en su talento descriptivo, cuando al referirse a la Sabana dice:

*Yo me siento sin aptitudes para agregar una sola palabra, siquiera, a las que ya se han dicho, y me dejo sepultadas en mi pecho todas las gratas y sublimes impresiones que han llegado a mi alma, al admirar esta exuberancia con que la madre tierra ofrece al hombre selvas vírgenes coronadas de frescura y de verdor; montañas feraces, dóciles a la mano amiga que las cultiva; aquí la hermosura de todo lo que es grande, allá lo espléndido de todo lo que es poético, y por todas partes bosques, llanuras, aguas cristalinas, canto de aves, sensaciones de vida, sol siempre alegre y perfumes delicados como de cabellos de la mujer que amamos... [pág. 28]*

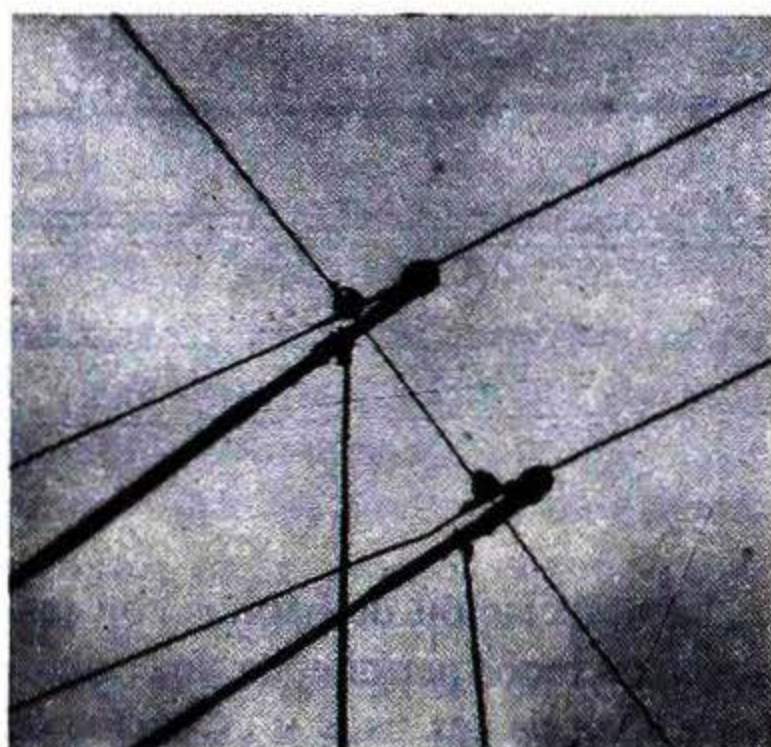
Es notable la variedad de contenido del libro. Hay anécdotas que convierte, en ocasiones, en crítica política y social:

*[...] Yo había entrado al carro frente al almacén de Don Tomás Magri, pero cerca de la iglesia de San Nicolás, es decir, a una cuadra escasa el matalote renunció absolutamente a seguir con su carga, a semejanza de muchos mimados por el sufragio popular. Los pasajeros tuvimos que bajarlos, no sólo por aligerar el peso,*



*sino por ayudar al postillón a empujar el carruaje, servicio fraternal y gratuito que prestamos gustosos para demostrar que sí hay en Colombia mucha fuerza animal para hacer andar un tranvía, aunque traten de probar lo contrario los empresarios que sólo buscan escuálidos rocinantes. [pág. 47]*

Encontramos también diálogos muy sazonados, como cuando le ofrecen una mula: "...esta mula es muy güena, segura y fuerte; cuando por lo aguantadora la llaman la colombiana" (pág. 18). También hay versos, descripciones, elucubraciones, refranes, etc.



Por otra parte, es sorprendente la actualidad que cobran algunas de sus apreciaciones, si tenemos en cuenta que este relato tiene ya un siglo. Como se mencionó, este personaje fue colaborador de *El Comercio*, de Barranquilla, un periódico liberal de combate; allí escribió una nota que nos da la razón sobre la vigencia de sus ideas:

*En esto se presentó un primo mío y dijo que ya la autoridad se había apoderado del agresor y exigiéndole fianza. Tan fausta nueva me calmó mucho, pero no dejé de pensar en la suerte precaria de los periodistas en Colombia, que tienen encima el decreto prensario y, además, enfrente, a los matasietes que discuten con revólveres y cachiporras las grandes cuestiones de interés público. [pág. 49]*

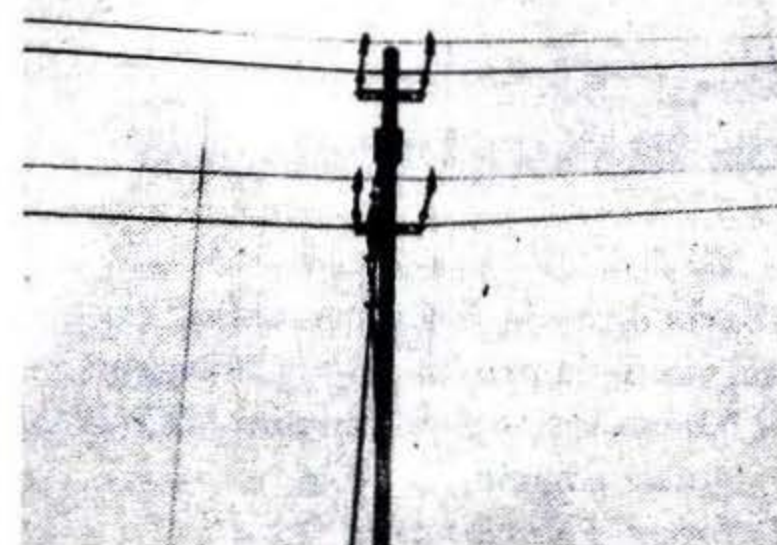
Pero al referirse a Barranquilla, materia principal de su relato, es cuando aca-

bamos de confirmar que el tiempo parece haberse detenido, entre otras cosas, para el progreso de esta ciudad; sólo crecen allí la miseria y la corrupción; ya ni el carnaval guarda las fastuosas proporciones que hacen caracterizar su fiesta: "Mas en aquel torbellino en que todos giran y se arremolinan, y se encuentran y se separan, y se levantan a lo alto y vuelven a su sitio, jamás ocurre un solo caso que turbe el clásico concierto de los que festejan las carnestolendas" (pág. 69). Es triste anotar que hace unos años, en pleno carnaval, se descubrió uno de los casos más espeluznantes de genocidio, ocurrido dentro de una universidad.

Con el debido respeto al gobernador del Atlántico, Gustavo Bell Lemus, dedicado promotor cultural de su región y quien hace la introducción de esta edición, entiendo que considera esta obra como una pintura del lado amable de la "Puerta de Oro de Colombia" a finales del siglo XIX y, por ello, recomienda la lectura de "la novela titulada *A fuego lento*, del escritor cubano Emilio Bobadilla —Fray Candil— porque representa en la misma época la otra cara de la moneda de Barranquilla" (pág. 10). Yo discrepo con esta apreciación, pues considero más numerosas las referencias negativas que las positivas que se hacen de la ciudad. Así, por ejemplo, encontramos una crítica plausible del sistema educativo (pág. 78) y se reniega sin cansancio sobre la aún perenne deficiencia en los servicios públicos que aqueja a la metrópoli; del concepto que tenía el autor de Barranquilla, es diciente el título del capítulo en el cual se refiere a él don Miguel Goenaga: "La mentalidad del doctor Juan V. Padilla y su desdén a la ciudad, pero pensando en ella"<sup>7</sup>.

Sería injusto no destacar que hay comentarios favorables de la ciudad, como los que se aprecian en la descripción de sus calles, de sus lugares, como el teatro provisional, el mercado y, por supuesto, en la referencia a los habitantes de la sociedad barranquillera, de quienes destaca su carácter trabajador y alegre. Igualmente, es positiva la manera como enfoca el folclor y las costumbres. Cabe agregar que en el libro hay un capítulo dedicado a la industria; el optimismo con el que anali-

za este aspecto es entendible, pues la economía se estaba asentando y las vías de comunicación en apertura permitían tener una visión favorable del futuro de la patria; el lento palpitar de la ciudad se sentía aumentar con el ritmo del crecimiento y del desarrollo de su dinámica; todo indicaba un porvenir brillante. A la hora de apreciar lo que hemos recorrido durante un siglo por los caminos del progreso, me atrevo a sentenciar que el balance no es muy halagador.



Lástima que en las pocas reseñas que he escrito tenga que lamentar siempre la ausencia de un glosario; me quedé con la curiosidad de saber qué es *suaza*; después de buscar en fuentes diferentes del Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española, encontré que esta palabra es sinónimo de *jipijapa*, nombre inicial que llevó la población de Santa Librada (Huila), donde se fabrican los mejores de estos sombreros de paja<sup>8</sup>.

Ya para concluir, quiero mencionar que considero al costeño autor de este relato un hombre de ciudad fría, un "bogotanzado" temeroso de las culebras, cucarachas, alacranes y bichos de tierra caliente, que sufrió una mutación cultural tras pasar ocho años en Bogotá, con su "clima tan suave, tan igual, tan agradable, por no decir tan delicioso" (pág. 44). Al final, Pepe emprende impaciente un feliz regreso a Bogotá, ciudad de sus afectos, celebrando su entrada "con pie derecho".

HERNÁN ADOLFO GALÁN CASANOVA

<sup>1</sup> Anónimo, *Viaje de O Drasil*, Barranquilla, Gobernación del Atlántico, 1994, 102 págs.

<sup>2</sup> Anónimo, *Viaje de O Drasil*, Bogotá, 1893.



<sup>3</sup> Miguel Goenaga, *Lecturas locales. Crónicas de la vieja Barranquilla. Impresiones y recuerdos*, Barranquilla, Imprenta Departamental, 1953, págs. 361-368 (capítulo XXI).

<sup>4</sup> *Ibíd.*

<sup>5</sup> Edouard André, *Viaje a la América Equinoccial*, en *América pintoresca: Descripción de viajes al nuevo continente*, vol. I, Barcelona, Montaner y Simón, 1884.

<sup>6</sup> Manuel Ancizar, *Peregrinación de Alpha*, Bogotá, Echeverría Hermanos, 1853.

<sup>7</sup> Goenaga, *op. cit.*, pág. 361.

<sup>8</sup> *Enciclopedia universal ilustrada europeo-americana*, t. LVII, Madrid, Espasa-Calpe, 1981, pág. 1437.

## Bajo el son de la campana

Diario de viaje. Entre los indios y negros de la provincia de Cartagena en el Nuevo Reino de Granada. 1787-1788 (segunda edición)

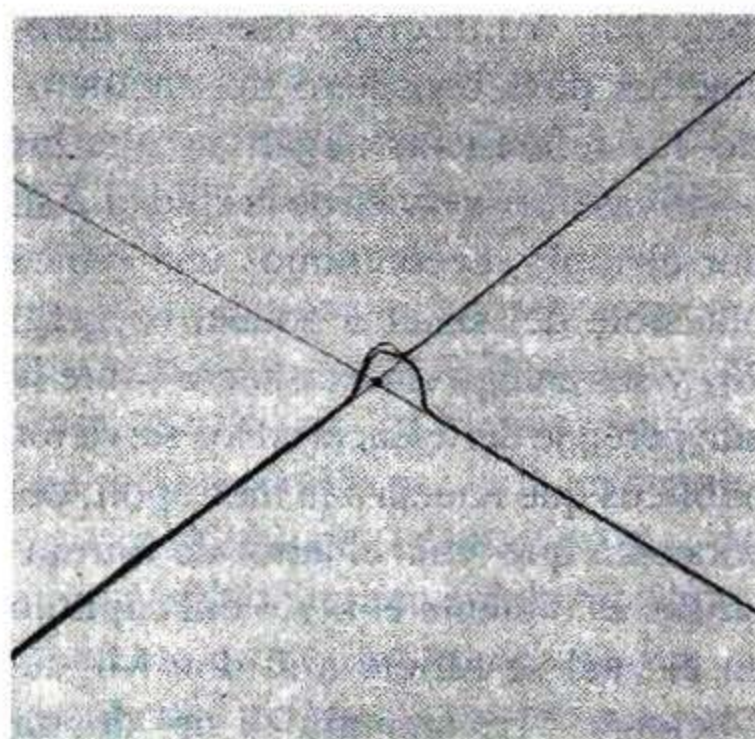
P. Joseph Palacios de la Vega

Ediciones Gobernación del Atlántico, Barranquilla, 1994, 141 págs.

En 1955, Gerardo Reichel-Dolmatoff editó el *Diario de viaje* del padre Joseph Palacios de la Vega<sup>1</sup>, misionero español que dejó una serie de informes sobre su actividad colonizadora y evangelizadora en la provincia de Cartagena, más exactamente en las riberas de la cuenca del río Cauca, tarea que cumplió aproximándose el último decenio del siglo XVIII. En 1994, casi cuarenta años después de la primera publicación, la gobernación del Atlántico reedita la obra dentro de la colección "Historia", conservando el mismo texto contenido en 170 notas y, también, la introducción del desaparecido antropólogo austriaco. El manuscrito original se encuentra en el Archivo General de Indias y aparece bajo la referencia de Audiencia de Santafé, legajo 1171.

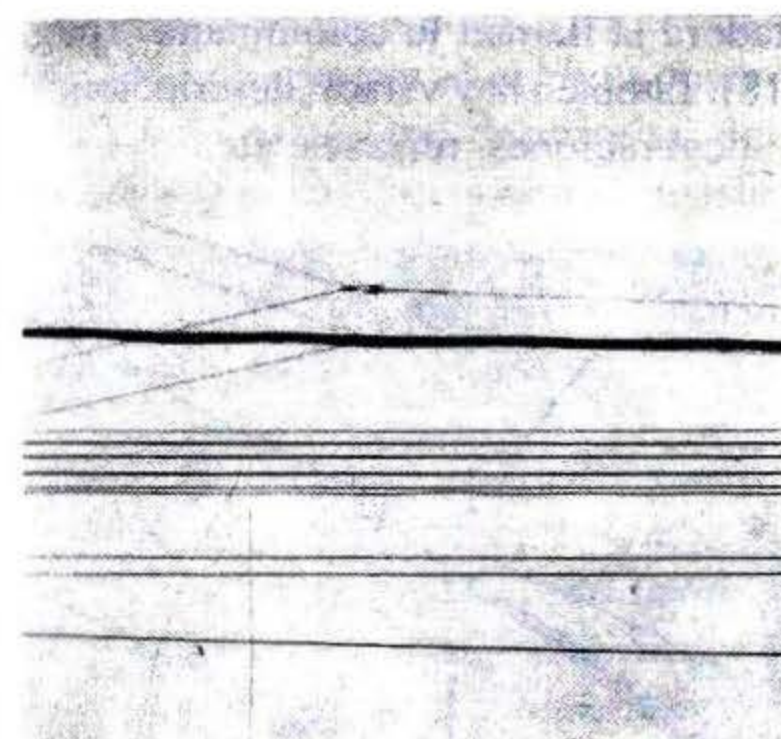
El libro es un registro de hechos, anécdotas y situaciones que permiten hacerse la imagen de una de las formas como se colonizó al indígena. El evangelizador de esta historia se presenta como "Cura Reductor del Nuevo Pueblo de Sn. Cipriano" (pág. 27), lugar de donde debe partir con órdenes precisas de reunir toda la feligresía que

estaba dispersa por el río Cauca y otros diversos sitios, con el fin de poder ejercer sobre ellos un control más directo; así, los ranchos que se encontraban en la orilla del río y los pequeños caseríos eran arrasados y sus habitantes conducidos a los nuevos poblados gobernados por la corona; le correspondió al sacerdote Palacios de la Vega ejercer su misión en lo que podríamos denominar sectores rurales de la Provincia Real de Cartagena (Mompós, Ciénaga de Ayapel, Caño de Varro—donde desagua el Cauca—, etc.), que distaban mucho de asemejarse a las opulentas ciudades y puertos desde donde se han documentado, en su mayoría, las investigaciones sobre el proceso colonizador de la costa atlántica<sup>2</sup>. El padre Joseph cumplió una impresionante labor evangelizadora y colonizadora, bautizando rancherías enteras y construyendo poblados para que todos viviesen bajo el son de la campana, que era, en otras palabras, "rudimentar a los indios en la doctrina cristiana" (pág. 29); todos los que no se sometían como infelices, eran perseguidos como bandidos.



En su función de informar, el cura dejó un valioso panorama de nuestra cultura indígena, negra y mestiza, las condiciones en que vivían y su forma de relacionarse con los españoles. Las notas iniciales se refieren a la despedida que le brindaron sus vasallos del pueblo de San Cipriano; esta primera narración de costumbres gira en torno al nombramiento de nuevos dignatarios que habrían de reemplazarlo, apreciándose en dichas celebraciones la fusión de dos culturas (notas 23 y sigs.): "Se empezó la Misa pero apenas empezaron

a cantar los libres quando empezaron los Indios a tocar sus instrumenttos, las Indias sus tamborcittos. Fue tal el gozo q. se me llenó el alma, q. no podía ni articular ni menos seguir pero considerando era del agrado de Dios los dejé en su regozijo" (pág. 43). Así parece que nuestro bagaje cultural se vino a mezclar con la saliva europea, tal como las indias preparaban la chicha en sus bohíos, legándonos, entre otras cosas, un mundo religioso, mezcla de paganismo indígena con el más rancio fanatismo español.



La apreciación de hábitos con rasgos autóctonos permite dar una importante idea de los usos y creencias de nuestros antepasados indígenas; por ejemplo, se narra la forma de dar a luz las mujeres, paradas sobre el lecho de un río (nota 5), y en otro aparte, el rito funerario de dejar el cadáver a la deriva de los mismos, reflejando la convicción sagrada según la cual el río es dador de la vida y continuador de la misma así como en la mitología cogui: de la madre se venía y a la madre se iba; el mar era la madre.

De la misma manera, hay referencias al modo en que los indios aplicaban justicia entre ellos, formas que se oponían a la legalidad que traían los colonizadores; a la forma de preparar sus alimentos y bebidas, celebrar sus fiestas, etc. El padre Joseph se impresiona con lo que ve, pues "la maravilla de América es tan grande que todavía hoy nos deslumbra a través de los escritores que llamamos cronistas de Indias"<sup>3</sup>; es un colonizador que a punta de engaños y aguardiente socializa a los indios compenetrándose con ellos, pero lo hace divertido y sin aparente mal-